

amado. Tenía por suyo todo nuestro bien, gozándose en los aumentos de nuestra humilde Sociedad, sintiendo sus quebrantos, asociándose á sus esperanzas y dándonos abundantes pruebas de su amor.”

Bien será añadir que el dignísimo sucesor de Pío IX, el Papa León XIII, desde el principio de su glorioso pontificado se declaró continuador de su santo antecesor en la paternal bondad con que se dignó abrazar á nuestro instituto. Cuando la Madre Lehón se presentó á él (5 de noviembre) en audiencia por vez primera, habiendo evocado el recuerdo de la fundación de Perusa, el Padre Santo le “manifestó con efusión el alto concepto que tenía de una Sociedad en que el Corazón de Jesús es verdaderamente amado, adorado y servido, y donde la instrucción y la educación, gracias al espíritu de que están penetradas, establecen en las almas una base inmóvil de fe y de virtud”. Dijo también, que el número de almas que esta Sociedad conduce á Dios, no se cuenta ya por millares, sino por millones. Y puso término á las expresiones de su bondad con estas festivas palabras: “Yo me llamo León, y vos Lehón; combatiremos juntos, y esto será un vínculo más entre nosotros.”

De esta audiencia sacó la Madre general una esperanza que no tardó en realizarse. El 18 de julio del siguiente año firmó el soberano Pontífice, previa relación hecha por la Sagrada Congregación de ritos, la introducción de la causa de beatificación de la fundadora. Con tan fausto motivo todos los Sagrados Corazones de ambos hemisferios, por encargo de la superiora general, entonaron un *Magnificat* de

acción de gracias á gloria de Aquel que “había mirado á la humildad de su sierva para hacer en ella grandes cosas”, y en honor de aquella que de allí en adelante sería llamada *Venerable* y á la que algún día “todas las generaciones llamarán bienaventurada”.

Con esto, el Sagrado Corazón, reconocido á tan gran favor, creyó que debía proseguir con nuevo ímpetu la obra de su propagación. Ya durante su destierro en Laval, la Madre Goetz había acogido con placer la idea de una fundación solicitada en Australia; y ahora, en 1880, volvió á pensar en ella, sin dejarla de la mano. La Madre Susana Boudreau, que había manifestado el deseo de esta fundación, partió de los Estados Unidos para hacerla, acompañada de otras religiosas; descendieron hasta llegar á un pueblecito llamado Timaru, donde apenas había ella llegado, falleció. En 1882, la Madre Lehón dispuso que se fundara en Sydney; y en efecto, se estableció una gran institución en una ciudad que hoy cuenta 180.000 habitantes.

Puerto Rico, por su parte, recibió á su vez una colonia del Sagrado Corazón. Los Estados Unidos la reciben también en Boston, d'Omaha y Nueva York. En Italia, Florencia les abre un pequeño cenáculo, que luego se dilata trasladándose á otro lugar.

Pero con las alegres conquistas vino, como ordinariamente acaece, la cruz de Nuestro Señor. En 20 de marzo de 1880 se publicaron los decretos contra las congregaciones “no autorizadas”, y aunque por lo pronto el golpe sólo hería á las comunidades de

varones, la Madre superiora, anticipándose á más obscuro porvenir, á fin de preparar un asilo á sus hijas, multiplicaba más y más las fundaciones en país extranjero.

Había crecido tanto esta bendecida religiosa familia, que cuando la Madre general celebró su jubileo de 50 años de profesión, el 25 de agosto de 1883, presentáronle por vía de obsequio la cifra de cinco mil religiosas del Sagrado Corazón, esparcidas por la haz de la tierra: mil más de las que había cuando murió la Madre Barat.

Bien había menester esta Sociedad de íntima unión y de virtudes excelsas para resistir el embate de la persecución que entonces como ahora tanto arreciaba. “La lucha, mis queridas hermanas,” escribía la Superiora, “es lucha de muerte contra la religión; y la Iglesia necesita hoy más que nunca de santos y de santas. Una virtud vulgar no es bastante. Hay necesidad de almas heroicas, cuya virtud impida que prepondere el peso de la iniquidad que inunda á la tierra.” Y á principios de enero de 1884, anunciando la undécima Congregación general, añadía: “Nuestra fuerza está en nuestra unión. Si estos vínculos llegaran á romperse, no sólo nos sería imposible oponer resistencia á nuestros enemigos, sino que habríamos de temer la disolución de nuestra Sociedad.”

En 1883 penetró el instituto en Hungría por Buda-Pest, y en Méjico, por su capital del mismo nombre. Dos años después, Méjico pidió y obtuvo una casa en Guanajuato, y al año siguiente se puso otra en San Luis de Potosí. De los Estados Unidos mencionare-

mos las casas establecidas en Atlantic City, el vicariato de Nueva York, en Grosse Pointe, cerca del Estrecho, y una segunda casa en Omaha, en el Nebraska. Posteriormente se estableció una casa en San Francisco, y otra en Nueva Orleáns. Viniendo luego al sur, tenemos en Buenos Aires una segunda casa, y en Santiago un externado; en la Habana otra, y, por fin, en Melbourne (Australia) otra.

León XIII era el primero que daba impulso á este movimiento de expansión: *Duc in altum!* En la audiencia en que recibió el 8 de diciembre á la superiora general, esta Madre oyó de su boca las palabras siguientes: “Es preciso extender la obra de manera que su influjo no sólo sea recibido en sus educandas, sino que además llegue á todas las clases de la sociedad en que el espíritu cristiano va decayendo... ¡Con que cinco mil religiosas! ¡Oh, qué buen escuadrón de amazonas para defender la causa de Jesucristo!” Hablóle después de la Madre Barat, “¡la cual se halla en el cielo y se alegrará tanto de ver á tan numerosas hijas suyas hacer tanto bien!”

Pero no pudieron hacerse las fundaciones que se pedían por aquella fecha (1883—1884), á excepción de las casas que llegaron á establecerse en Turín y en Madrid.

Y á todo esto la Madre general cumplía en 1886 los ochenta y cuatro años de su edad, y aunque aquejada de una grave enfermedad, conservó toda su actividad, y aun la ejercitó teniendo su consejo en la propia estancia donde se tomó la determinación de adquirir la humilde casa de la Madre Barat en Joigny,

como primer relicario que estaba destinado á ser de una santa. Cuando se puso buena, buscó el auxilio de que había menester nombrando una vicaria general, cargo para el cual fué elegida la Madre Sartorius.

Algunos años después la propia Madre Lehón llamó á la casa matriz á sesenta y tres superiores locales, reunidas para hacer los ejercicios de un retiro espiritual, en que les predicó el Reverendo Padre Matignon. Fué el tercero que hubo desde 1869.

En esta misma casa la muerte había hecho claros muy sensibles entre las religiosas. Ya en el año de 1876 pasó á mejor vida la Madre de Serrez, nieta del ilustre Vizconde de Bonald y sobrina del Cardenal de Lyon, asistente general de la Sociedad: un alma grande encerrada en un cuerpo frágil. Fué sucesivamente superiora y Madre vicaria en La Ferrandière, maestra general de estudios y superiora en la casa de los Retiros de París.

En 1885 se llevó Dios á la Madre Cahier, que fué primera secretaria y después asistente general. Esta Madre fué una de las que más parte tuvieron en las cosas de la Sociedad, y más íntima comunicación con la fundadora, de quien escribió una biografía, recogiendo al mismo tiempo para el proceso de su beatificación piezas y testimonios interesantes, en que se ofrecían á su ánimo recuerdos de cincuenta años. Otra alma privilegiada, la Reverenda Madre Hardey, dejó asimismo esta vida por la de la patria eterna el 17 de junio de 1886.

Á las fundaciones que según hemos dicho, se hicieron en lejanas tierras, deben añadirse, en Europa,

la casa belga de Ixelles, la antigua de Annonay, ofrecida al Corazón de Jesús como "su casa de recreo", la de Barcelona, en España, la de Carlisle, en las fronteras de Escocia, la de Avigliano, cerca de Turín; un externado en Burdeos, un noviciado y pensionado en Pressbaum, cerca de Viena, y en el corazón mismo de Londres la vasta casa de Hammer-smith, destinada antes para seminario por el Cardenal Manning.

Como era de temer, dado el triste semblante de las cosas públicas, en Francia especialmente, donde vienen reinando y gobernando las sectas anticristianas, la persecución contra las órdenes religiosas había de llegar y llegó. El gobierno francés, enemigo de la libertad de que gozaban estos sagrados institutos, suprimió el privilegio que les confería la carta de obediencia, y exigió en las maestras de clases un certificado oficial. Pero las religiosas del Sagrado Corazón no se amilanaron por esto: formadas en su juvenato, la instrucción y capacidad excedía con mucho del nivel ordinario; y á no haber sido por la triste necesidad de sugetarse en el estudio á programas oscuros é indigestos, y de sufrir en el examen preguntas indiscretas á veces y malsonantes, la obligación que se les imponía de probar auténticamente su competencia, habría servido únicamente para grangearles la singular estima que se debe al verdadero mérito.

Persiguióselas además con la ley llamada de acrecentamiento (*accroissement*) y de abono (*abonnement*) con que el radicalismo oficial atentó, aunque en vano,

contra su existencia. "No parece", escribía la Madre Lehón en una circular de 22 de diciembre de 1889, "sino que redoblando sus esfuerzos, el enemigo quiere darnos un golpe mortal con una ley que viene á ser la ruina de las comunidades. Pero este no era motivo para temer, sino para formar el propósito de ejercitar con mayor perfección la virtud de la pobreza y para excitar en nuestras almas aquel afecto que expresa la sagrada liturgia: "Justo es que siempre y en todas las cosas hagamos gracias á Dios." "No creáis", añadía algún tiempo después para tranquilizar á sus religiosas, quizás alarmadas por la palabra ruina, "no creáis, mis queridas hermanas, que estos peligros lleguen á darme cuidado alguno grave. ¡Oh, ciertamente no! Si nuestras reglas dejaran de ser guardadas, aun en un solo punto, si fuera entre nosotras tolerada alguna falta contra la caridad, cierto sufriría por eso mi corazón, y daría gemidos de dolor en la presencia de Dios; pero mientras continuemos siendo fieles á nuestras constituciones, nada tenemos que temer de cuanto nos venga de fuera. Aun disponemos de un medio muy bueno para convertir en bien esta contradicción, á saber: ante una ley que tira á llevarse lo que tenemos, hacernos más pobres en el espíritu y en la realidad; ante las columnias, procurar mayor humildad; y si critican nuestra enseñanza, trabajar para que sea más sólida. Así nuestros enemigos, sin ellos quererlo, contribuirán á nuestro bien, que es lo que quiere en favor nuestro el Corazón misericordioso de Jesús, á quien debemos dar gracias por este beneficio."

En aquella situación tan difícil fué convocado y se reunió en abril y mayo de 1890 el duodécimo Consejo general. En él se tomó la firme resolución de defender la Sociedad del Sagrado Corazón en derecho, á fin de cumplir su deber; defensa que daría aliento y abriría camino á las demás congregaciones de mujeres para librarse por medios legales y jurídicos de la ruina que á todas ellas amenazaba.

Pensando en sus ochenta y cuatro años de edad, la Madre Lehón creyó que era ya la hora de dimitir; pero todavía se la mantuvo en el oficio de superiora general, pues aunque ya le flaqueaba la vista, andaba por sí sola con firmeza, su cuerpo estaba derecho, su voz y su palabra claras, su juicio seguro y su voluntad vigorosa. Continuó, pues, trabajando, aunque asistida de su Consejo, el que procuraba descargarla en cosas menudas del peso del gobierno.

Habiendo llegado con el 25 de agosto de 1895 el día del sexagésimo aniversario de su profesión religiosa, la Madre Lehón prohibió que se celebrasen sus bodas de diamante; pero aquel día, en el martirologio que se compuso con esta idea, y que fué leído en presencia de dicha Madre, se declaró que su familia religiosa constaba de seis mil doscientas setenta y dos Hermanas, mil doscientas más que el año de 1883, cuando fueron las nupcias de oro, ¡sin contarse en aquella cifra á las que en los veinte años de este gobierno habían sido llamadas por su divino Esposo á las nupcias eternas!

Á esta brillante conquista del reino de los cielos por medio del trabajo y del sufrimiento, la misma

Madre animaba á sus hermanas. “¡Oh, mis queridas Madres y hermanas!” escribía en 27 de agosto del mismo año contestando á los votos que formaban por ella, “con gusto quisiera yo haceros á todas comprender el concepto que se llega á tener de la vida religiosa á los sesenta años de venirla profesando, y como quisiera una entonces no haber dejado pasar ni un solo segundo no empleado en gloria de Dios!”

Animábales además á santificarse poniéndoles delante los ejemplos de santidad que les había dado la fundadora. “Seamos santas”, les escribía, “para que Dios nos bendiga y nos hagamos dignas del noble y magnánimo Corazón de Jesús. Así atraeremos nosotros también las bendiciones de nuestra Venerable Madre, y apresuraremos la llegada del día en que ha de verificarse su triunfo.”

Camino de esto se iba. El proceso informativo *de fama sanctitatis* lo había ya signado el soberano Pontífice el día 9 de mayo de 1889; y el proceso apostólico se había inaugurado y se continuaba en París y en Roma. Era llegado el momento de efectuar la “elevación” del cuerpo de la sierva de Dios. El 2 de octubre de 1893 tuvo lugar la exhumación y traslación del féretro colocado sobre una mesa que se había puesto en medio de la capilla de Nuestra Señora de los Dolores. Abierta la caja con religioso respeto ante el enviado de Roma Monseñor Caprara y el Cardenal Richard, que allí asistían con otros muchos prelados y con muchos sacerdotes, presentes asimismo las principales Madres de la Sociedad, se

ofrecieron ante los ojos de todos los asistentes los preciosos restos que había dejado la muerte: debajo de un habito enmohecido por la humedad del suelo, un cuerpo en figura de momia, en un estado de conservación que no puede menos de causar admiración en quien considere que había estado por espacio de veintiocho años en aquel subterráneo. Los huesos estaban intactos, la piel adherida, pero seca y negruzca; la cabeza de una dimensión media y de una estructura fina; el rostro se le reconocía en las líneas generales, en la convexidad de la frente, en la figura como de arco de la nariz, y en el contorno de la barba; las manos pequeñas y delgadas, las cuales estrechaban un crucifijo de color gris-verde; el velo negro bien traído, y sin que hubiera huella de ninguna manera de embalsamamiento. Las que sobrevivían á la Madre, pudieron completar en su memoria los vestigios que en ella había respetado la muerte; y todos veían cernerse sobre ellos aquella alma dichosa vestida ahora de la inmortalidad. Lágrimas había en todos los ojos, y piadosas plegarias se elevaban al cielo de todos los corazones.

Á la Madre Lehón, que nada podía ya ver, la hicieron acercarse y tocar con la suya la mano de la primera Madre. “¡Con cuánto fervor”, escribió después aquella en una circular, “prometí, al tomar en la mía aquella mano venerada, no helada ciertamente por el frío de la muerte, que redoblaríamos nuestros generosos esfuerzos para probar que somos sus verdaderas hijas!” Y como se advirtiese con sorpresa y dolor que no se le había dejado el anillo de pro-

fesión en el dedo de la Venerable, la Madre Sartorius le puso su propio anillo, el cual volvió á recobrar dos días después, como si con él recibiera la investidura de superiora general, cuyo oficio muy en breve se le había de encomendar.

Volviendo á la Madre Lehón, en aquella noche en que le había puesto su ceguera, su conversación era con las que ya estaban en la tierra de los vivos: conversaba en efecto con la Madre Barat, á quien había sobrepujado en años de vida, y con la Madre Duchesne, á quien comenzaban á invocar como á santa. Ofrecíanse, también, ante sus ojos desde aquella celestial morada, la Madre de Rousier, heroica fundadora de las casas de la América del Sur, y la Madre Fournier de Maynard, su asistente, que acababa de expirar en sus brazos. Quejábase de la especie de triste aislamiento en que la iba al cielo de sus contemporáneas la dejaba. Aunque como ciega iba siempre de la mano de otra religiosa, pues su intrépido valor burlaba algunas veces la vigilancia de sus hijas y la exponía á dar grandes caídas, una de éstas faltó poco para que fuera mortal. En cambio, de su alma puede decirse que corría por el camino de la perfección y del puro amor. “Ni un solo minuto”, escribía, “debo dejar que pase sin amor de Dios.” En todas sus acciones y en todas las circunstancias de su vida hacía á su amado Jesús esta pregunta: “¿Estáis contento, Jesús?” — “Ni una sola palabra”, decía también, “ni un solo acto que no tienda al servicio de Dios ó del prójimo: quiero hacerme buena, indulgente, benévola, en una palabra, Madre.”

Esta era, pues, su divisa: “Para con sus hijas, corazón de madre; para con Dios, corazón de hija; para consigo misma, corazón de juez.”

Pero la perfecta madurez á que había llegado su virtud, hacía temer el próximo término de su vida. Una de sus asistentas generales decía: “En esta lucha continua por la conservación de su vida, los enemigos con quienes tenemos que luchar, son su edad, su debilidad y su santidad.” En marzo de 1894 la Madre general estuvo en los ejercicios y oficios de la Semana Santa. El Miércoles santo, al dar, según es uso, el beso de paz á todas sus hijas de la Probación, “como hay aquí”, decía, “religiosas de todas partes, éste debe de ser el beso de unión dado á toda la Sociedad”. Al día siguiente fué como arrastrándose sobre sus rodillas á lavar, enjugar y besar los pies de sus hijas. — “Es la última vez”, dijo al terminar esta humilde acción, “tengo ya ochenta y ocho años, y no es más larga la vida. Si Dios es servido de disponer de la mía, darle gracias por ello; y si su santa voluntad es que todavía me quede por aquí un poco de tiempo más, esa es también la mía. Él es el Señor.”

Pues este Señor de la vida y de la muerte quiso llamar á sí á esta esposa suya al romper el alba del día 28 de marzo de 1894. Su última palabra fué para expresar el deseo de recibir la Sagrada Comunión. Poco después de recibirla, á las tres de la mañana, sus ojos se iluminaron, su brazo derecho se extendió como para bendecir, y su alma tomó el vuelo hacia las mansiones eternas.

La Madre Lehón gobernó durante el espacio de veinte años. Propúsose conservar y consolidar interiormente la Sociedad y extenderla en lo posible por de fuera, para que á muchas partes llegase su influjo bienhechor; entrambos propósitos los vió cumplidos antes de morir. Energía, perseverancia, valor, paciencia, adornado de estas excelentes dotes, el gobierno de esta Madre participó en grado superior del reino de Jesucristo acá en la tierra. Bien mereció del instituto del Sagrado Corazón: espléndida debe de ser, pues, la corona incorruptible con que la habrá coronado su divino Esposo.

* * *

Cuando al día siguiente de haber muerto la Madre Lehón, se pensó en elegir á la que había de sucederle en el oficio de superiora general, de todos los labios salía una sola voz pronunciando el nombre de la Madre Sartorius. Pero la salud de esta Madre estaba tan decaída, que parecía no podía soportar tan pesada carga; ella misma decía, cuando era interrogada á este propósito, que no podía responder de sí ni por sólo un cuarto de hora. Consultóse este caso, como de conciencia, con el Cardenal Richard, quien hubo de responder que, “aunque el instituto no tuviese á la Madre Sartorius sino dos años por superiora, debería elegirla en razón del mucho bien que procedería de su elección”. El mismo Cardenal, en la mañana del 22 de julio de 1894, después de haber presidido en el escrutinio, anunció á la comunidad de París, reunida en la capilla para cantar

el *Te Deum* en acción de gracias, que el Señor, inclinando sus miradas de Padre hacia la Sociedad, acababa de darle por superiora general á la reverenda Madre Sartorius.

Qué impresión hubo de causar en esta Madre semejante elección, fácil es colegirlo de lo que decía ella á la sazón de sí misma, y de la especie de resistencia, como ella decía, acusándose humildemente de rebelión, que le impedía aceptar resignada el peso que le imponían, superior á sus fuerzas. Decía que eso era haber sido designada como víctima, y ya verían como “no podría resistir aquel peso y sería ave de paso”. Dos meses corrieron antes de mirar ella cara á cara su grave encargo; pero al fin, en un retiro en que se recogió en la casa de Conflans, vino en declarar, “que se rendía y decía sí á Jesucristo sobre todo lo que quisiera de ella”; y lo decía también á la Iglesia, á la Sociedad y al prójimo para servirles, totalmente, sin necesidad de discurso alguno, y sin prorrumpir en quejas ni gemidos; en suma, que decía absolutamente y siempre sí, “refiriéndose en todo esto al voto que tenía hecho, de entregarse plenamente á la voluntad de Dios en la vida y en la muerte”. Véase ahora una biografía sumarásima de la nueva elegida.

Augusta de Sartorius nació en Aquisgrán (Aix-la-Chapelle) en marzo de 1830, y al ser elegida contaba sesenta y cuatro años de edad. Su padre era natural de Stiria, y su madre de Baden. No bien había cumplido catorce años, cuando en la misma estación de su ciudad natal recibió la bendición de

Monseñor Joaquín Pecci, Nuncio Apostólico á la sazón en Bélgica; bendición que durante todo el curso de su vida se conservó en ella como una gracia especial y un sagrado recuerdo. Seis años después, en una iglesia de Spira, Dios y su Santísima Madre hablaron á su corazón; y cuando en Aquisgrán se supo que iba á entrar de religiosa en el Sagrado Corazón de Blumenthal, un antiguo sacerdote de la iglesia parroquial á que ella pertenecía, anunció, "que en esta amable y discreta joven el Sagrado Corazón tendría algún día una abadesa de cuerpo entero". En 1885, siendo postulante, fué dado volver al lado de su padre y estar presente á la hora de su muerte y recibir su postrer suspiro. Aquel generoso cristiano se despidió de ella diciéndole: "Hija mía, mi mayor contento en esta hora postrera es haberte dado á nuestro Señor Jesucristo."

El tiempo de su noviciado lo pasó sucesivamente en Blumenthal y en Conflans, muy querida de la fundadora y de la Madre Goetz; nombráronla luego vicemaestra, y más tarde maestra general del pensionado en Blumenthal, cuya casa fué devorada ante sus ojos por un terrible incendio en 1862. Dos años después, cuando reedificada esta casa, fué esta Madre nombrada superiora de ella, las persecuciones oficiales del ministerio holandés le impusieron una tarea harto penosa, exigiendo de las maestras de las clases una instrucción superior al nivel ordinario. Habiéndose suscitado en 1864 la guerra entre Prusia y Dinamarca, y después entre Austria y la misma Prusia, la Madre Sartorius convirtió su comunidad y su novi-

ciado en lugar de consuelo y de paz, donde indistintamente fueron objeto de los cuidados de la caridad que procede del Sagrado Corazón de Jesús, los de una y de otra nación. Gracias también á la compasiva solicitud de la propia Madre, Blumenthal en 1870 fué el asilo en que se refugiaron los prisioneros franceses, y el hospicio de los heridos también franceses, que en aquella tierra extranjera hallaron una nueva patria, y, en el corazón de la superiora general, una nueva familia.

Cuando esta Madre visitó á Marienthal en Alemania por el año de 1872, se encontró con el *Kulturkampf*, que la angustió sobre manera, hasta el punto de impedir su comunicación con la casa matriz: último remate de aquella persecución fué el decreto de mayo de 1873, en que se dispuso la expulsión de la Sociedad del Sagrado Corazón fuera del imperio alemán. Por cierto que, al leer en él los motivos de la proscripción, no pudo menos de sonreírse: "Acúsábasele de complicidad con los jesuítas en la propaganda de la fe católica, en la obediencia á la Santa Sede y en la deificación del Papa y de Francia." He aquí las palabras que profirió la Madre Sartorius al entrar en la sala donde estaban reunidas sus hermanas: "¡Salud, comunidad expulsada! Pues es llegada nuestra hora, bien venida sea. Cuando nuestros obispos están presos, y perseguidos nuestros sacerdotes, afrenta fuera nuestra no seguir la suerte de nuestros jefes y modelos. Ahora, hermanas mías, vamos á la capilla para rogar por nuestros enemigos."

Lanzadas de Marienthal, refugiáronse en Blumenthal, desde donde dirigió la Madre General al gobierno que las había lanzado, una protesta razonada y vigorosa, que hubiera sacado los colores al rostro de los perseguidores, si la dureza y frialdad de los enemigos de la Iglesia conocieran alguna vez el rubor que causa en almas nobles y generosas el abuso de la fuerza empleada contra débiles mujeres, que no tienen otras armas sino su inocencia.

Destrozada enteramente su salud en Blumenthal, la Madre Sartorius tuvo que dejar aquella residencia no sin hacer un verdadero sacrificio. “¡Qué dicha, oh Jesús mío”, decía, “tener un Blumenthal que ofreceros!” Enviáronla á Moulins para que allí se reparara su salud, y en realidad fué también para asistir y reemplazar á la Madre Elisa de Bouchaud, que no parece sino que la estaba esperando para morir. En Bois-l'Évêque, su nuevo puesto, consagró su celo á la obra de los mineros, mediante la cual el Corazón de Jesús influye benignamente en las familias obreras, en sus hogares y en su trabajo. En 1884 se le dió encargo de representar y reemplazar en el Consejo general á la Madre vicaria de Jette, Madama Merilhou, que tenía en ella toda su confianza. Dejó, pues, á Bois-l'Évêque, como antes había dejado á Blumenthal, consolando á sus hijas con estas palabras: “¿Qué os importa que yo me vaya, si Jesús se queda con vosotras? Un cambio de superiora no es más que un cambio de custodia.”

Por aquel tiempo hacía falta en la Luisiana una Madre vicaria, y como hubiera preguntado la su-

periora general á la Madre Sartorius si el estado de su quebrantada salud le permitiría aceptar este puesto, la humilde religiosa no vaciló en responder: “Madre mía, yo no le temo al frío, ni al calor, ni al mar ni á cosa alguna en obra en que está de por medio la voluntad de Dios, que se manifiesta en la vuestra. Cierto no conservo ni gozaré ya nunca sino muy escasa salud, pero me tendré por dichosa en consagrarlas á esta misión, si tal es vuestra voluntad.”

Habiéndose embarcado en el Labrador por el mes de octubre de 1884, al fin llegó á verse con su vicaria de la Luisiana, cuya región recorrió durante el espacio de dos años con peligro algunas veces de su vida, ejercitando siempre la caridad por dondequiera que pasaba. Llamábanla la Madre amable. Cuando volvió á París, ocupó el puesto de asistenta general en lugar de la Madre Hardey, que acababa de morir en el ósculo del Señor. Nombrada después por la Madre Lehón vicaria general, partió á Roma con motivo del jubileo sacerdotal del Papa León XIII, para quien fué sobre manera consolador ver á aquella que siendo joven había recibido su bendición, y que ahora, en edad avanzada y como Superiora de un instituto religioso, estaba devotamente á sus pies.

Por su parte la Madre Lehón, ya casi nonagenaria, que preveía su próxima muerte, escribió en el pliego reservado, como ordenan las reglas, el nombre de la Madre Augusta de Sartorius, como de quien había de estar, cuando ella muriese, al frente del gobierno hasta que fuera elegida otra superiora general.

Cuando se efectuó esta elección, según hemos referido, la Madre de Sartorius se dirigió á Roma pasando por las casas de Lyon, La Ferrandière, Chambéry, Turín, Florencia, y el día de todos los santos estuvo en la ciudad eterna. Dos veces fué recibida por el Papa: en la primera le dijo S. S. que Dios había querido que fuese elegida, y le anunció que en ella se juntarían en uno el espíritu de la fundadora y el de las dos últimas superiores; y en la segunda, que fué el 23 de noviembre, la bondad efusiva que le manifestó León XIII, y el ánimo esforzado que hubieron de infundirle sus palabras, acabaron con sus ansiedades y temores, á que sucedió aquella confianza sobrenatural con que pudo decir al Sumo Pontífice: "Sí, Santísimo Padre: con la gracia de Dios llevaré sobre mí este peso. Vuélvome, pues, de Roma confirmada y agradecida." Aquel mismo día, en efecto, partió de Roma.

Durante el corto espacio de su gobierno — diez meses solamente — el Sagrado Corazón fué instalado en Joigny, donde se meció la cuna de la primera Madre. En abril de 1895 se inauguró la fundación holandesa de Bennebroek, diócesis de Harlem, fundación deseada de León XIII. Y á la Madre Digby, asistente de la Madre Sartorius, dió el encargo de establecer la casa de Aberdeen, en Escocia.

En la breve noticia de esta superiora no se puede omitir la exposición en la iglesia de la casa matriz del Santísimo Sacramento del altar desde por la mañana hasta la tarde, con la adoración nocturna del jueves al primer viernes de cada mes.

Se ha dicho de la Madre Sartorius, expresando en dos palabras lo que puede llamarse el espíritu, que la misión especial de ella no fué tanto la de una gran obrera, que hubiera acometido muchas y grandes empresas, sino como la de un ejemplar y de una víctima.

Lo primero se revela en el voto heroico que hizo, y que cumplió, de no querer ni buscar en ninguna cosa sino lo que fuera más agradable á Dios y conducente á su servicio. De aquí su desprendimiento absoluto de todo lo temporal, su abnegación y generosidad: de aquí, también, su libertad y su dicha. "Todo es cielo para mí", decía á las hermanas de la Probación, "porque en todo veo y adoro la voluntad de Dios."

Siendo ya superiora, no tenía sobre sí á nadie que la dirigiera; poníase siempre delante de los ojos, como regla de dirección el "primitivo" espíritu de la Sociedad, que no cesaba ella de evocar. Este espíritu era siempre y en todas las cosas el tema de sus instrucciones, éste el pan que repartía entre las hermanas con su palabra y con su ejemplo. "Jesús en la sagrada Eucaristía", decía esta Madre, "se ha hecho pan para mantenimiento de nuestras almas; seamos nosotras pan para las almas á quienes debemos sustentar, y pan, como el mismo Jesucristo, de vida."

Cuanto á lo de ser víctima ofrecida á Dios "en unión con la víctima universal", como dicen las Constituciones, "ella misma se presentaba como tal, y como sierva asimismo del beneplácito divino, ante Aquel cuya cruz había ella abrazado en calidad de

esposa de su adorable Corazón. La cruz de ella era su propia enfermedad, la cual padecía de tal manera como quien se había impuesto á sí misma el deber de sufrirla alegremente. "Llevaré", decía en sus notas, "con ánimo alegre el estado de mi salud; me ocuparé en esto lo menos posible; amaré esta pequeña espina que Jesús se ha dignado darme de su corona, y asistiré humilde á la demolición de mi vida."

Esta demolición se venía consumando velozmente. Neuralgias violentas, vértigos, desmayos, síncope y desvanecimientos más y más frecuentes anunciaban que este edificio, ya minado del todo, iba á derrumbarse. Vefase á la pobre Madre, cuando menos se pensaba, vacilar y caer en brazos de sus hermanas, como si la abandonara la vida; parecía, al decir de ella, que á cada uno de sus pasos se presentaba ante sus ojos un abismo. En tal estado, no obstante su ánimo esforzado, un soplo bastaba para derribarla del todo.

No ya un soplo sino una tempestad se levantó contra el Sagrado Corazón y contra todas las demás corporaciones religiosas bajo el nombre de ley de acrecentamiento (*d'accroissement*) dictada precisamente para asimilarse el Estado los bienes de las congregaciones. La Madre Sartorius resistió con vigor sobrehumano tan recio golpe, sosteniendo y esforzando al mismo tiempo el ánimo de sus hermanas. "Con nosotros", les decía, "está Jesús, que nos ha ayudado hasta ahora, y cierto no nos ha de desamparar: no seamos, pues, cobardes." Pero su fortaleza no pudo

impedir que el temerario golpe hiciera en ella una impresión físicamente funesta.

Estando en la visita de regla que venía haciendo en la casa de Conflans, el día 28 de abril, se le declaró una pleuresía acompañada de gran debilidad. Aquel mismo día había dado á su familia religiosa la máxima correspondiente, que habían de observar, que fué ésta: *Ecce ancilla Domini*. Esta santa palabra había sido siempre su divisa. Habiéndose agravado el mal, el día 5 de mayo pudo aun comulgar en su estancia, y ésta fué su última comunión. Algunas horas después la parálisis se apoderó de una parte considerable de su cuerpo, y no tardó en invadirlo todo, sobreviniendo la inmovilidad, la insensibilidad y el silencio. Recibió los últimos sacramentos, y el 8 de mayo consumó su sacrificio.

* * *

Tres meses después de la muerte de la Madre Sartorius fué elegida por el voto unánime de las asistentas y vicarias la superiora que hoy rige y gobierna felizmente á la Sociedad del Sagrado Corazón. Grato sería sin duda al autor de estas líneas decir de esta digna sucesora de la Madre Barat y de las otras Madres generales ya mencionadas, las eximias dotes y virtudes que la adornan, y cuan admirablemente responde en su elevado ministerio con noble celo y consumada prudencia á todo lo que piden la conservación é incremento del instituto; pero no parece conforme al espíritu de él, ni á sus amadas prácticas y tradiciones, que se hable de las religiosas que viven.

No hemos logrado, pues, que sea descornado ante nuestros ojos el velo en que modestamente se oculta la noble figura de la actual superiora, ni podemos por consiguiente mostrarla á los lectores. Día llegará en que pueda ser revelada plenamente, y contemplada como noble dechado y ejemplar la que es copia fiel de la venerable fundadora. Resignémonos respetuosamente al más riguroso silencio.

Lo que no debemos omitir al dar término á estos apuntes, es la aprobación otorgada el día 17 de julio de 1898, al Proceso Apostólico en la causa de la beatificación de la primera Madre: nuevo testimonio de la benevolencia del Padre Santo León XIII con el Instituto del Sagrado Corazón, y nuevo paso que se da hacia la promulgación solemne y auténtica de la santidad de la sierva de Dios.

Fin del Epílogo.



